

Jordan
PETERSON

Stephen
FRY

Michelle
GOLDBERG

Michael E.
DYSON

LA CORRECCIÓN POLÍTICA



¿Hay vida inteligente entre el insulto gratuito y la dictadura del buenismo?

 Planeta

Jordan
PETERSON

Stephen
FRY

Michelle
GOLDBERG

Michael E.
DYSON

LA CORRECCIÓN POLÍTICA



¿Hay vida inteligente entre el insulto gratuito y la dictadura del buenismo?

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Political Correctness*

The Munk Debate on Political Correctness

Jordan Peterson, Stephen Fry, Michelle Goldberg y Michael Eric Dyson

© Aurea Foundation, 2018

Publicado por acuerdo con House of Aransi Press, Toronto, Canadá

© de la traducción, Anna Valor Blanquer, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

Depósito legal: B. 9.034-2019

ISBN: 978-84-08-20970-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

SUMARIO

<i>Carta de Peter Munk</i>	9
Entrevistas predebate con el moderador Rudyard Griffiths	13
Debate Munk sobre la corrección política	57
Entrevistas posdebate con el moderador Rudyard Griffiths	141
<i>Agradecimientos</i>	149
<i>Sobre los participantes</i>	151
<i>Sobre el editor</i>	153
<i>Sobre los Debates Munk</i>	155
<i>Sobre las entrevistas</i>	157

CARTA DE PETER MUNK

Desde que empezamos a celebrar los Debates Munk, a mi mujer, Melanie, y a mí nos complace profundamente la rapidez con la que han captado la atención del público. Desde el primer evento, que tuvo lugar en mayo de 2008, hemos sido anfitriones de los que considero algunos de los debates sobre políticas públicas más apasionantes de Canadá y del mundo. Con un enfoque global, los Debates Munk han abordado una gran variedad de temas, como la intervención humanitaria, la efectividad de la ayuda exterior, la amenaza del calentamiento global, el impacto de la religión en la geopolítica, el ascenso de China y el declive de Europa. Estas cuestiones tan fascinantes han servido de estimulante intelectual y ético para algunos de los pensadores y emprendedores más importantes del planeta, de Henry Kissinger a Tony

Blair, de Christopher Hitchens a Paul Krugman, de Peter Mandelson a Fareed Zakaria.

Las cuestiones que se han planteado en los Debates Munk no solo han fomentado la concienciación pública, sino que también han ayudado a que muchos nos involucremos más y, por lo tanto, nos sintamos menos intimidados por el concepto de la globalización. Es muy fácil ser introspectivo. Es muy fácil ser xenófobo. Es muy fácil ser nacionalista. Es difícil adentrarse en lo desconocido. La globalización es, para mucha gente, un concepto abstracto en el mejor de los casos. El propósito de esta serie de debates es ayudar a la gente a familiarizarse con este mundo que cambia a gran velocidad y a que se sienta más cómoda participando en el diálogo universal sobre los temas y episodios que conformarán nuestro futuro colectivo.

No hace falta que les diga que hay muchísimos temas candentes. El calentamiento global, la crisis de la pobreza extrema, el genocidio o la inestabilidad del orden financiero son solo unos pocos de los asuntos cruciales que importan a la gente. Y nos parece, a mí y a los miembros del patronato de mi fundación, que la calidad del diálogo público se reduce conforme aumentan el número y la prominencia de estos temas que reclaman nuestra atención. Al in-

tentar destacar los asuntos más importantes en momentos cruciales del diálogo mundial, estos debates no solo retratan las ideas y opiniones de algunos de los pensadores más brillantes del panorama internacional, sino que también consolidan la pasión y el conocimiento de la población y ayudan a abordar algunos de los desafíos a los que se enfrenta la humanidad.

En la vida he aprendido —y estoy seguro de que muchos de ustedes compartirán mi punto de vista— que los desafíos sacan lo mejor de nosotros. Espero que estén de acuerdo en que los participantes en estos debates no solo se desafían entre ellos, sino que nos desafían a nosotros a pensar con claridad y lógica sobre problemas importantes a los que se enfrenta nuestro mundo.

Peter Munk (1927-2018)
Fundador de Aurea Foundation
Toronto, Ontario, Canadá

MICHAEL ERIC DYSON CONVERSA CON
RUDYARD GRIFFITHS

Rudyard Griffiths: Es un placer hablar con el célebre Michael Eric Dyson, autor de varios libros superventas, profesor de la Universidad de Georgetown en Washington D. C. y comentarista en diversas cadenas de radio y televisión, como la NPR y la ESPN. Michael, me alegro de que esté aquí, en Toronto.

Michael Eric Dyson: Gracias por invitarme.

Rudyard Griffiths: Este es el gran debate cultural del momento. Estoy seguro de que no suscribe completamente el canon de la llamada *corrección política*, pero ¿qué elementos cree que son indicativos del progreso en nuestra sociedad?

Michael Eric Dyson: A la gente se le olvida que la izquierda inventó la corrección política. No la idea, sino el concepto de que debemos ser cuidadosos y cautos, en vez de ser tan sensibles e hipersensibles y exagerar o buscar excusas para aquello que hacemos. De modo que la izquierda inventó el concepto, pero la derecha lo secuestró y ahora parece que todo lo que la gente detesta y frente a lo que ya no está bien ser intolerante es políticamente incorrecto. Ya no te puedo insultar, ya no puedo hablar igual a las mujeres, ya no puedo mirar a los ojos a los judíos o a los musulmanes, etcétera.

Ahora todo se dice por lo bajo, y todo es «políticamente correcto». Lo cierto es que queremos que muchas cosas sean correctas. Si nos han calculado mal el sueldo, nos enfadaremos. De modo que, sí, queremos corrección en muchas cosas. Sin embargo, en la política no hay una forma exacta de medir la corrección, pero yo diría que vengo de un pueblo que a menudo se ha enfrentado a lo establecido, que ha estado fuera de los parámetros de protección de lo establecido. A nosotros, lo de corrección política nos suena a que la gente quiere aferrarse a la misma intolerancia inútil que conformaba lo que hacíamos como nación en el pasado.

Lo útil es hacer autocrítica, hacer inventario, examinar nuestra vida y encontrar de qué formas hemos perdido el espíritu desafiante. Yo enseño en la universidad, así que soy crítico con los momentos en los que la gente es tan sensible que no puede lidiar con los temas más duros.

Pongamos por caso que vamos a hablar de algo real, como la violencia policial. Yo doy un aviso: «Venga, ha llegado el momento; vamos a lidiar con este tema». No menosprecio la necesidad de la gente joven de encontrar lugares seguros y recibir avisos cuando se van a tratar ciertos asuntos, pero opino que el aula es un sólido centro de aprendizaje y que, a veces, nos tenemos que enfrentar a ideas que no nos gustan. Estoy convencido de que necesitamos más discursos, no menos. La gente tiene que enfrentarse a ciertos discursos con otros discursos.

Eso no significa que algunos discursos no estén ligados a prácticas de odio y que, por ellos mismos, no conjuren esas prácticas de odio atroces, pero, en general, enfrentarnos a cuestiones difíciles nos ayuda a avanzar y a poder decir: «Esto es algo bueno y podemos construir algo a partir de ello».

Rudyard Griffiths: Pienso que sus oponentes en este debate rebatirán la idea de privilegio, del pri-

vilegio de la gente que es como ellos: hombres blancos, generalmente en los peldaños superiores de la clase social. Estas personas están molestas con la idea de que, de alguna forma, su voz se tenga que entender en el contexto de su experiencia histórica frente a la experiencia histórica vivida por la comunidad a la que usted pertenece. ¿Cómo responde a la tensión, a la angustia y al enfado que suscita eso?

Michael Eric Dyson: Es sorprendente que las personas que se han beneficiado de los privilegios se enfaden ahora porque alguien los visibiliza y los desafía. ¿En serio? ¿Sabe lo que me deja asombrado? Sobre todo los hombres blancos que llaman a los estudiantes universitarios *ofendidos*. ¿Quién es el blanco más ñoño e hipersensible? Eso es lo que me gustaría saber, ¿dónde está? «No, mami, no nos dejan jugar con nuestros juguetes en el patio y ahora tenemos que compartirlos, pero son míos».

¿Es broma? Eres blanco, hombre, sin discapacidades, heterosexual, sí. Yo soy un hombre negro. ¿Me beneficio de ser hombre? Por supuesto, porque vivo en una sociedad predominantemente masculina o, por lo menos, patriarcal. Numéricamente,

no, pero sí en cuanto a las actitudes, la ideología y la filosofía.

Así que cuando oigo a un hombre blanco hipersensible ofendido, haciéndose el delicado, lloriqueando y quejándose de los privilegios —hablaré de ello esta noche—, simplemente cito a esa gran influencia que es Keyser Söze, el protagonista de *Sospechosos habituales*, quien al parecer dijo que lo más grande que ha hecho el diablo es hacer creer a la gente que no existe. El privilegio del hombre blanco es igual. Lo más grande que pueden hacer es intentar esconderlo: «¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué tenemos nosotros?».

Le diré lo que tienen: dirigen la mayoría de los bancos, la mayoría de los países, la mayoría de las universidades; tienen unos beneficios extraordinarios. Pero la gente se confunde: tener privilegios de hombre blanco no significa que todos los hombres blancos sean privilegiados. Significa que están en un peldaño superior, que tienen un pie ahí. En Estados Unidos tuvimos el *apartheid*, más conocido como las leyes de Jim Crow. Había una fuente para los blancos y una para los negros. Las personas blancas tenían la mayoría de los recursos, pero eso no quiere decir que todas las personas blancas tuvieran los recur-

sos. No. Significa que, si eras blanco, tenías más opciones de triunfar.

Es verdad que, en cierto modo, ese escalón puede complicar las cosas. «¿Eres blanco y aun así has fracasado? ¿Qué te pasa? Empezaste con ventaja». La desigualdad económica es real y la recesión económica que afecta a todo el mundo es real. Así que empatizamos con las personas blancas que se enfrentan a dificultades, pero, al mismo tiempo, ¿cómo serían esas dificultades si tu gente ni siquiera pudiera entrar en el juego? Babe Ruth no consiguió más de 700 *home runs* contra los mejores jugadores de béisbol, los consiguió contra los mejores jugadores blancos.

Y ahora vemos que los chicos latinoamericanos y afroamericanos son igual de buenos que los chicos blancos y que son dignos rivales. Como dice Jesse Jackson, cuando el campo está nivelado y las reglas son claras, las personas blancas tienen que enfrentarse a un hecho: «Vaya, hemos sido los mejores todo este tiempo. Hemos controlado el juego. Ni siquiera dejábamos que los negros fueran a la universidad, a Harvard, a Yale o a Princeton». ¿No?

Así que, hombres blancos, ¿qué decís? ¿Cómo vais a afrontar esto? ¿Habrá resentimiento? Por supuesto, pero ¿ese resentimiento legitima y valida las quejas? No. Son solo lloriqueos. Cualquiera que haya tenido

una ventaja y que tenga que renunciar a ella sentirá rabia. Como dicen los grandes raperos: «Tell 'em why you're mad, son» («díles qué te da rabia, chaval»).*

Así que, sin ánimo de ofender a mis *confrères*, lo cierto es que se acabó lo que se daba. Han tenido acceso a la historia occidental durante trescientos o cuatrocientos años, usaron la Ilustración para justificar sus ataques irracionales contra la vida de la gente. Han tenido la esclavitud, han tenido las leyes de Jim Crow. ¿De qué se quejan? Ahora hay que compartir.

Por ejemplo, ese chico que en abril de 2018 mató a gente aquí en Toronto —en un atropello masivo en Yonge Street— porque no conseguía salir con chicas. ¡Espabila! Aprende a hablar con las mujeres. Haz lo que tenemos que hacer todos. Voy a la discoteca y me das calabazas. Luego lo intento con alguien más. Así es como la mayoría acabamos casándonos. Así es como funciona.

Sin embargo, como hombre blanco crees que tienes algo especial, alguna razón extra que te da derecho a aspirar a alguien como Rachel Welch. No, la

* Expresión popularizada por el rapero The Mad Rapper en una canción en la que ridiculizaba a los *haters* y que ha terminado convirtiéndose en un meme. (N. de la T.)

mayoría de la gente no puede aspirar a eso. Así que ese argumento es más bien débil y vacuo.

Rudyard Griffiths: Otro argumento que oírás esta noche es la idea de que situar la raza y el género en el centro del diálogo político y asegurar que la identidad personal parte de esas dos características es mostrar un tribalismo en nuestra sociedad que hace prácticamente imposible unirnos para conseguir objetivos y propósitos comunes.

Michael Eric Dyson: Nosotros tan solo queremos ser como los blancos. Lo siento, pero ¡es lo que queremos! ¿Quién empezó esto? No creo que fuesen los nativos americanos, los indígenas. No estoy seguro, pero cuando reviso la historia, me parece que los blancos inventaron el concepto de raza. ¿Y ahora que ya no lo controlan todo, ahora que ya no escriben la historia, se enfadan?

Los negros no inventaron la raza. Las personas racializadas no inventaron la raza. Las mujeres no inventaron el género. Se trata de pantanos artificiales que engullen y ahogan a nuestra humanidad. Y ¿por qué situamos la raza en el centro? Porque tenemos que hacerlo. «Lo siento, pongo la raza en el centro del debate porque la policía me mata en la

calle», o porque entro en Starbucks y llaman a la policía», o «si hago una barbacoa, la llamáis»... ¿Quién pone la raza en el centro? ¡Yo solo intento hacer una barbacoa!

O «soy un chico de doce años de Cleveland jugando con una pistola de juguete y apareces y, en dos segundos, me matas». ¿Quién sitúa la raza en el centro de ese debate? Y lo que nuestros amigos de la derecha quieren que hagamos es que finjamos que estas prácticas y comportamientos no existen, que vivamos en lo que Gore Vidal llamaba Estados Unidos de Amnesia (o tal vez en el Reino Unido de Amnesia o en la Amnesia Unida de Canadá).

Sin embargo, no podemos hacer como si todo eso no existiera. No podemos hacer que desaparezca con solo desearlo. «No hablemos de raza, clase o género, porque nos estáis dividiendo». Resulta que ser blanco era una posición por defecto. Los blancos no tenían que salir del armario. No hacía falta que anunciaran al mundo que eran blancos. Cuando tienes el poder, no hace falta que lo anuncies. Todo es como es, así de sencillo. Cuando lo eres, las cosas son como son. Como dijo la gran filósofa Beyoncé Giselle Knowles cuando le entregaba un premio a Colin Kaepernick: «Se dice que el racismo es tan estadounidense que, cuando te enfren-

tas a él, parece que te estás enfrentando a Estados Unidos».

Se ha identificado a Estados Unidos con ciertas prácticas, grupos e identidades tribales. ¿Qué hay más tribal que una cultura que ha creado un culto a su individualismo mítico y a su enorme hombría y masculinidad? Y cuando se demuestra que esa masculinidad es tóxica, deficiente o incapaz de generar suficientes ideas para sostenernos como nación, que el patriarcado es una idea vieja, entonces empiezan a echar la culpa a los demás y las personas que inventaron este juego se enfadan porque se les ha ido de las manos.

Son ellos los que inventaron el juego. Inventaron el Monopoly y ahora se enfadan porque no les queda dinero. Tienen que aprender que esas son las reglas. Ellos las crearon. Sin embargo, lo que deseamos nosotros cuando hablamos de clase, raza, género, orientación sexual o alteridad es hacer emerger la humanidad de los demás.

Y, por eso, es extremadamente importante reconocer que la raza fue inventada por los blancos. David Hume, Immanuel Kant, algunas de las mentes filosóficas más brillantes, desplegaron su agudeza filosófica para defender sus identidades tribales. De día, Thomas Jefferson escribía notas en Virginia

cuestionando la capacidad racional de los negros y, de noche, tenía relaciones con Sally Hemings. Sus entrañas vencieron a su lógica, gracias a Dios.

La realidad es que cuando observamos la historia del desarrollo y evolución de la idea de «blanquitud» y la de la identidad canadiense, estadounidense o europea, las personas blancas tienen mucho en juego. Ellas la inventaron, literalmente, y ahora que se escapa de su control y que no se benefician todo lo que quisieran, se quejan o exageran su papel de víctimas.

Volviendo al tema de los hombres blancos que se quejan de la gente por ser tan susceptible, nunca he visto una cultura de la queja o del lloriqueo tan grande como la suya. Lloriquean y lloriquean sin parar. Habrá inundaciones con tanta lágrima. ¡Es sorprendente que haya tanto lloriqueo emocional! Hay que llamar a las cosas por su nombre.

Rudyard Griffiths: Sin duda, usted lo ha hecho.